

Cuatro cajas para conservar el fuego

XOÁN ABELEIRA | 5 SEP 2009

Archivado en: Ensayo Literatura Cultura

Del surrealismo o *superrealismo* (esa pulsión de nuestro espíritu que, sepámoslo o no, anda a la caza y captura de una porción de lo *maravilloso*, de lo *sagrado*, de lo que está, ciertamente, muy "por encima de la realidad" vulgarizada) cabe decir lo mismo que de su auténtico aliado político, el anarquismo: que a pesar de haber muerto infinidad de veces siempre vuelve a renacer, con convulsiva rebeldía. Los llamados críticos de arte, los enterradores "que babeaban sobre él" como si fuese una reliquia, intentaron sepultarlo en, al menos, tres ocasiones: en 1939, coincidiendo con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la dispersión de sus miembros; en 1966, tras la desaparición física de su elemento aglutinador, y en 1969, con la disolución del último grupo "oficial". Pero ya durante el Mayo Francés, con la declaración de la Plataforma de Praga, comenzó a gestarse por todo el mundo una nueva serie de "guerrillas" dispuestas a perpetuar la insurrección. Incluidas las españolas.

El interés por esa "inmensa fuerza de ruptura" se ha agigantado con el tiempo. También en el ámbito editorial

Desde los inicios del movimiento, los creadores de la península Ibérica, con sus distintas lenguas y sus distintas culturas, se han mostrado especialmente receptivos a tan beneficiosa *influenza*, hasta el punto de que sería muy fácil trazar una suerte de árbol genealógico que, partiendo de los años veinte, llegase hasta nuestros días. Y esa (a)filiaación no se ha roto. Al contrario. El interés por esa "inmensa fuerza de ruptura", lejos de haberse disuelto en la supuesta asimilación (o sea, en el intento por banalizarla para neutralizarla) a la que la ha sometido la sociedad capitalista, se ha agigantado con el tiempo. También en el ámbito editorial.

Pues si existe una característica común a todas las "células" surrealistas que hubo y que, sin duda, habrá, bajo una u otra apariencia, es su deseo de conjugar la teoría con la praxis; la insurgencia de la palabra con el combate a pie de calle. Y, en eso, España tampoco ha sido una excepción. Aunque los suplementos literarios suelen hacer oídos sordos a sus llamados, lo cierto es que existe un puñado de editoriales independientes, dedicadas a ampliar y difundir el legado surrealista.

Gens y Ángel Zapata, por ejemplo, acaban de hacernos un regalo excepcional: *André Breton y los datos fundamentales del surrealismo*. A pesar de los treinta años transcurridos desde su publicación original, la obra de Michel Carrouges no ha perdido ni un ápice de intensidad. La suya es no sólo una de las obras más apasionadas y apasionantes que se han escrito sobre el tema sino un auténtico paradigma del género ensayístico. Del punto supremo a la alquimia verbal, del azar objetivo a la escritura automática, Carrouges aborda, con impresionante lucidez, todas y cada una de las "bases" de "una filosofía que no es tal, en el sentido académico (...), una revuelta radical contra la civilización" imperialista.

¿Y Ali Ahmad Said Asbar, el poeta sirio conocido como Adonis? ¿Aún no han leído *Sufismo y surrealismo*? ¡Qué cosa magistral! Sí: es verdad que existen "sobredosis de belleza" capaces de "elevar el ritmo cardíaco, causar vértigo e incluso alucinaciones": el síndrome de Stendhal. Y esta lámpara de Aladino es buena prueba de ello. Su lectura nos *provoca* literal, constantemente, excitándonos la inteligencia y la imaginación de tal manera que, por momentos, no hay más remedio que cerrar el grifo. Sobre todo en el capítulo IV, cuando Adonis relaciona la escritura automática con la locución teopática. *Xath*, según su excelente traductor, "en alusión a las palabras que profiere el sujeto poseído por la divinidad".

Con semejante entusiasmo recordamos que... en abril de 2005, el Grupo Surrealista de Madrid, "un proyecto político de vida poética", celebró sus veinte años de lucha al "pleno